

estado impoluto e inatacable. La familia es el centro y el arquetipo del Estado, y la felicidad y la bondad de la sociedad dependen siempre, en alto grado, de la pureza de la vida doméstica. La naturaleza esencialmente exclusiva del afecto marital y el deseo natural de todo hombre de estar seguro de la paternidad del niño que él mantiene, hacen de la indulgencia irregular de las pasiones, dentro del círculo doméstico, una causa de extremado sufrimiento. Pero pareciera que la fuerza excesiva de estas pasiones hicieran estas indulgencias frecuentes a la vez que inevitables.

"Bajo estas circunstancias ha surgido en la sociedad una figura que es ciertamente la más triste, y en algunos respectos la más aterradora, que puede contemplar el moralista. Ese ser desgraciado, cuyo solo nombre da vergüenza decir; que finge con frialdad del corazón los transportes del cariño, y se entrega a ser instrumento pasivo de la lujuria; a quien se la desprecia y se la insulta como a lo más bajo de su

sexo, y que está destinada a ser víctima, las más de las veces, de enfermedades horribles, de miseria la más espantosa, y de temprana muerte, aparece en todas las épocas como símbolo perpetuo de la desgracia y de la pecaminosidad del hombre. Siendo en sí el tipo supremo del vicio, es sin embargo, en último término, el guardián más eficaz de la virtud. Excepto por su ministerio, la pureza indiscutida de incontables hogares felices se cubriría de manchas, y no son pocas las virtuosas que en el orgullo de su castidad que no ha sufrido tentación piensan de ella con trémula indignación, que habrían conocido la agonía del remordimiento y de la desesperación a no ser por ella. En esa solitaria figura degradada e innoble se concentran las pasiones que hubieran llenado al mundo de dolor y de vergüenza. Ella perdura, mientras que credos y civilizaciones se levantan y caen, sacerdotisa eterna de la humanidad, sacrificada por los pecados de los pueblos".

Persiles

Heredia, mayo, 1931.

Estampas

El testimonio de nuestro Luis Vives Mas que el bien propio, el bien común

= Envío del autor =

Para quienes decae con el anochecer de cada día la aspiración de lucha incesante por las cosas de la patria, está el testimonio de los grandes que fija un concepto cabal del sentido de la lucha. Luis Vives, por ejemplo, nos recuerda en el tratado *Del Socorro de los Pobres* que no "puede subsistir por mucho tiempo aquella república en donde cada uno cuida solamente de sus cosas y de las de sus amigos, y ninguno de las comunes". No es posible aguardar en un país que sean muchedumbres de seres las que vigilen. La vigilancia supone conciencia de la responsabilidad, es decir, aptitud de la mente y del espíritu para sorprender la unidad de que está formado el destino de un pueblo. La atención de ese destino, de las cosas comunes que dice Vives, debe esperarse siempre de los pocos. Su tarea la realizan con sacrificio y no pueden sufrir decaimiento, porque en igual medida mengua la grandeza de ese pueblo.

La obra grande de la educación de un país sería sustituir la visión individual por la de totalidad. Con ello obtendríamos el tipo de hombre que echan de menos todos los que luchan en un anhelo de servicio a la patria. Es decir, el tipo de ciudadano que abraza con apego todos los problemas que surgen en su nación. Sólo así desaparece la indiferencia y se hace menos desigual la batalla contra los intereses unidos para reducir a la subordinación miserable a un pueblo. Como pasan los hechos, en nuestro país al menos, las probabilidades

de la derrota funesta están del lado de los que amparan los principios esenciales sobre que se asienta la vida libre y grande de Costa Rica. Aquí el cuidado de las cosas propias consume íntegras las preocupaciones de cada cual. Vivimos en zonas y solamente nos inquietamos cuando hasta ellas llega alguna perturbación. Mientras podamos ir y venir sin encontrar piedras a la entrada de cada camino, la paz más imperturbable nos mantiene en buen funcionamiento los órganos de la digestión y de la respiración. No nos interesa otro mundo que el de nuestras limitaciones. Ni dolores ni quebrantos por lo que no es en nuestro daño.

Y nunca contamos en nuestro daño el suceso que hiera intereses de todas las generaciones. Queremos vivir de lo transitorio, darle apenas, al negocio común, aquella defensa que lo libre de convertirse en azote nuestro. No nos importa que se pudra para lo futuro. Si las concesiones

que hoy hacemos de tierras, de aguas, de rutas aéreas nos traen un bienestar, jubilosos dejamos que el politiquillo o el abogadillo haga su oscuro negocio sirviendo de testaferro o de amparador de los que las piden. Y hasta nos volvemos enfurecidos contra los que osen enfrentarse a la entrega despiadada del país en forma torpe y malvada. Carecemos de visión justa. Cualquier espejismo nos atolondra y nos vuelve partidarios de las atrocidades mayores cometidas en daño de la salud de la patria.

No será posible que sigamos sumidos en ese mundo peligroso, porque se cumplirá el precepto del filósofo de la no subsistencia de la república. Es menester que nuestra educación imprima en la conciencia de cada uno un gran amor por las cosas comunes. Y cosas comunes son en nuestra vida actual el suelo, las aguas, el espacio, la electricidad, los caminos, las instituciones de la nación. No nos contentemos con derivar de cada una de esas cosas apenas aquella porción de bienestar que nos mantenga en pie. Mirándolas simplemente como cosas de nuestra época, las dejaremos convertirse en dominio privado. Mas si la vemos como patrimonio de todas las generaciones, si encontramos en ellas el sustento de la patria digna y decorosa, entonces pondremos cuidado en que no se pudran para que puedan florecer en bienes comunes. Pero en la obra precisa poner sacrificio. Toda aspiración grande desata la atracción del abismo. Por eso debemos comprender que la defensa de esos bienes comunes no se hará sin un gran coraje. En cuanto las fuerzas de mal, que lo son los hombres que quieren esclavizar para satisfacer instintos, se dan cuenta de que se las pretende constreñir a límites infranqueables, revuelven todos sus poderes y conturban el ánimo del hombre.

En esta gran cosa común que es la electricidad nacionalizada vemos el satanismo en que se mueven los hombres animados del deseo de esclavizar. Se organizaron esos hombres para esclavizar pueblos y por consiguiente pusieron en sus cálculos el uso de toda suerte de medios para lograrlo. Salieron de su nación a dar una batalla general en el continente. No vinieron vendados los ojos ni influido el espíritu de propósitos tímidos. Una gran fiereza acompaña el paso de combate. Pueblo que vacila y quiere oponer la menor defensa, es pueblo convencido al instante de que nada lo podrá salvar del eslabón que se ha fundido para él.

Costa Rica es uno de los poquísimos pueblos que se adelantó a la marcha de ese vasallaje. Opuso sus leyes visionarias y enfiló sus varones grandes a darles regencia justa e incorruptible. Pero no es poder minúsculo el que está bufando la ira que le produce la limitación de un pueblo insignificante. Precisamente por ser de proporciones incalculables es que resiste con tanta tenacidad y acude sin vacilar a todos los medios que tiene a su alcance

DR. HERDOCIA

**Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta**

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades